

En su Carroza



AYUDA

Ayuda sin que te lo tengan que pedir

“Estás viendo, Señor, cómo tu pueblo espera en fe la fiesta del nacimiento de tu Hijo; concédenos recibirlo en fe como María, que lo acogió antes en su corazón que en su vientre. Amén”

(Oración, Adviento con María)



“Juan se reconoció como la voz para no usurparle los derechos a la Palabra. Dijo: no soy el Mesías, ni Elías, ni el Profeta. Le preguntaron: ¿Qué dices de tu persona? Y el respondió: yo soy la voz del que clama en el desierto: «Preparad el camino del Señor.» La voz del que clama en el desierto, la voz del que rompe el silencio. Preparad el camino del Señor, como si dijera: «Soy la voz cuyo sonido no hace sino introducir la Palabra en el corazón; pero, si no le preparáis el camino, la Palabra no vendrá adonde yo quiero que ella entre.»

¿Qué significa: Preparad el camino, sino: «Rogad insistentemente»? ¿Qué significa: Preparad el camino, sino: «Sed humildes en vuestros pensamientos»? Imitad el ejemplo de humildad del Bautista. Lo toman por Cristo, pero él dice que no es lo que ellos piensan ni se adjudica el honor que erróneamente le atribuyen. Si hubiera dicho: «Soy Cristo», con cuánta facilidad lo hubieran creído, ya que lo pensaban de él sin haberlo dicho. No lo dijo: reconoció lo que era, hizo ver la diferencia entre Cristo y él, y se humilló. Vio dónde estaba la salvación, comprendió que él era sólo una antorcha y temió ser apagado por el viento de la soberbia”.

Señor, que ves a tu pueblo esperando con gran fe la solemnidad del nacimiento de tu Hijo, concédenos celebrar la obra tan grande de nuestra salvación con cánticos jubilosos de alabanza y con una inmensa alegría. Por Jesucristo, nuestro Señor.



HONRADEZ

Recuerda hoy tus raíces,
y da gracias a Dios por ello

“¡Oh Sabiduría, que brotaste de los labios del Altísimo, abarcando del uno al otro confín y ordenándolo todo con firmeza y suavidad, ¡ven y muéstranos el camino de la salvación!”

(Antifona de la O)



En estas Ferias Mayores del tiempo de Adviento se da como una especie de concentración del Adviento. Es una concentración de tipo cristológico. El Antiguo Testamento llega a su fin y todo debe ser entregado al Mesías. Es Dios que prepara la venida de su Hijo. Permanezcamos expectantes y alegres.

Algo grandioso el Señor está preparando para los hombres, nada menos que el advenimiento de su Hijo Unigénito. Durante estas ferias, y feria es una palabra latina que significa fiesta, anticipamos la fiesta de la Navidad. Lo determinante es el evangelio de cada día. Lo que parecía lejano se aproxima y llega a ser inmanente. Las dos grandes anunciaciones, la de Juan el Bautista, con el consiguiente cántico, la del Señor a María, también con el consiguiente cántico, preparan la gran proclamación: «Verbum caro factum est» de la Navidad. El encuentro de las dos madres bendecidas por una maternidad, que viene de lo alto, y el pequeño Juan que, en el seno de Isabel, presiente la presencia del Señor y como si tuviese prisa para ser su precursor patalea en el vientre de su madre.

También la Iglesia, como anticipándose, presiente gozosa estos días la Presencia del Emmanuel. Es ahora que el tiempo llega a su plenitud, el tiempo de Dios se adentra en el tiempo de los hombres. La Genealogía proclamada en la I Feria nos anuncia que el que va a nacer es hijo de esta humanidad que viene a redimir esta humanidad, pero que al mismo tiempo es el hombre nuevo, el Nuevo Adán, una creación nueva, el Hijo de Dios.

Por la fe y sólo por la fe, llenos de estupor, acogeremos al Señor que por nosotros y por nuestra salvación se hizo hombre (Feria II).



¡MARÍA!

¿Qué lugar tiene la Virgen en tu vida?

***“¡Oh Adonai!, Pastor de la casa de Israel,
que te apareciste a Moisés en la zarza ardiente
y en el Sinaí le diste tu ley, ¡ven a librarnos con
el poder de tu brazo!”***

(Antifona de la O)



Cuando se espera algún acontecimiento importante que trae consigo tristeza y pena la reacción espontánea de la persona normal es de temor acompañado a veces por la congoja y angustia que tiende a aumentarse por la fantasía ante la consideración de los males futuros previsibles. **Cuando por el contrario se prevé la llegada de un bien que tiene una entidad considerable se vive en una espera atenta y presurosa que va desde el anhelo y la ansiedad hasta la euforia acompañada de una prisa impaciente.** A mayor mal futuro, más miedo; a mejor bien futuro, más esperanza gozosa.

Algo de esto pasó al Pueblo de Israel que conocía su carácter de transitoriedad funcional, al menos en los círculos más creyentes o especializados en la espiritualidad premesianica. El convencimiento de que la llegada del Mesías Salvador era inminente hizo que muchos judíos piadosos vivieran en una tensión de anhelo creciente —basta pensar en el anciano Simeón— hasta poder descubrir en Jesús al Mesías que se había prometido a la humanidad desde los primeros tiempos posteriores al Pecado. Era todo un Adviento.

Y como el Mesías llega por la Madre Virgen, es imposible preparar la Navidad prescindiendo de la contemplación del indecible gozo esperanzado que poseyó Santa María por el futuro próximo inmediato de su parto. Eso es lo que se quiere expresar con "La Expectación del Parto", o "El día de Santa María" como se le llamó también en otro tiempo, o "Nuestra Señora de la O" como popularmente también se le denomina hoy.



TEMOR DE DIOS

Dios siempre quiere lo mejor para ti

“Oh Renuevo del tronco de Jesé, que te alzas como un signo para los pueblos, ante quien los reyes enmudecen y cuyo auxilio imploran las naciones, ¡ven a librarnos, no tardes más!”

(Antifona de la O)



María es el pasaje (paso) de la antigua a la nueva alianza. Sin la fe de María no existiría la Iglesia. Ella inaugura el nuevo pueblo de la fe. Desde entonces María, con la Iglesia, lleva en sí la bienaventuranza de la fe «Dichosa tú que has creído» (Feria V). Por la fe, María acogió la palabra del Ángel y creyó en el anuncio de que sería la Madre de Dios en la obediencia de su entrega (Feria III).

En la visita a Isabel, María entonó su canto de alabanza al Todopoderoso por las maravillas que el Señor al mirar la humildad (su ser no importante) de su sierva (Feria V). Dejemos, pues, que el «Magnificat» (Feria VI) resuene una y otra vez en nuestro corazón. Como una melodía incesante, melodía cantada al unísono entre María y la Iglesia.

En la Feria VII el relato del nacimiento de Juan que hace soltar la lengua a su padre Zacarías para bendecir a Dios.

La misa del día 24 (Feria VIII) es un paso casi imperceptible entre el Adviento y la Navidad y en el Evangelio se canta el Benedictus: «Por la entrañable misericordia de nuestro Dios nos visitará el sol que nace de lo alto, para iluminar a los que viven en tinieblas y en sombra de muerte, para guiar nuestros pasos en el camino de la paz». Será el sol de mañana cuando cantaremos: Hodie Christus natus est. (Es en este día, según la tradición litúrgica que se proclama el magnífico Elogio del Martirologio para la Solemnidad del Nacimiento del Señor. Estos días debemos tener voluntad, que en medio de los ajetreos de la Navidad mundana, en las parroquias y comunidades se cree un clima de intensa oración).



EJEMPLO

Pídele, Ella que es tu Madre,
te lo concederá

“Oh Llave de David y Cetro de la casa de Israel, que abres y nadie puede cerrar, cierras y nadie puede abrir, ¡ven y libra los cautivos que viven en tinieblas y en sombra de muerte!”

(Antifona de la O)



La Novena de Navidad, nos impulsa a vivir de modo intenso y profundo la preparación para la gran fiesta, del nacimiento del Salvador. La liturgia traza un sabio itinerario para el encuentro con el Señor, proponiendo cada día puntos para la reflexión y la oración. Nos invita a la conversión y a la acogida dócil del misterio de la Navidad.

Como el antiguo Israel, la comunidad eclesial se hace portavoz de los hombres y mujeres de todos los tiempos para cantar la venida del Señor. De vez en cuando ora así: “Oh Sabiduría, guía de la casa de Israel, raíz de Jesé, llave de David, sol naciente, sol de justicia”, rey de las naciones, Emmanuel, Dios con nosotros”.

En cada una de estas apasionadas invocaciones, se percibe el deseo que los creyentes tienen de ver cumplidas sus expectativas de paz. Por esto imploran el don del nacimiento del Salvador prometido. Sin embargo, al mismo tiempo sienten con claridad que eso implica un esfuerzo concreto para prepararle una digna morada no sólo en su alma, sino también en su entorno. En una palabra, invocar la venida de Aquel que trae la paz al mundo conlleva abrirse dócilmente a la verdad liberadora y a la fuerza renovadora del Evangelio.

Debemos convertirnos a la paz; a Cristo, nuestra paz, con la seguridad de que su amor desarmante en el pesebre vence a cualquier oscura amenaza y proyecto de violencia. Y es necesario seguir pidiendo con confianza al Niño Jesús, que la energía prodigiosa de su paz expulse el odio y la venganza que anidan en el corazón humano. Debemos orar a Dios para que el mal sea derrotado por el bien y el amor.



SENSATEZ

Dios siempre quiere lo mejor para ti



“Oh Sol que naces de lo alto, Resplandor de la Luz Eterna, Sol de justicia, ¡ven ahora a iluminar a los que viven en tinieblas y en sombra de muerte!”

(Antifona de la O)

Oficio de lecturas, liturgia de las horas (La visitación de la Santa María Virgen)



El Ángel que anunciaba los misterios, anunció a la Virgen María la maternidad de una mujer estéril y ya entrada en años, manifestando así que Dios puede hacer todo cuanto le place. Desde que lo supo, María con el regocijo de su deseo presurosa por el gozo, se dirigió a las montañas.

Llena de Dios de ahora en adelante, ¿cómo no iba a elevarse apresuradamente hacia las alturas? Bien pronto se manifiestan los beneficios de la llegada de María y de la presencia del Señor; pues en el momento mismo en que Isabel oyó el saludo de María, saltó la criatura en su vientre, y ella se llenó del Espíritu Santo.

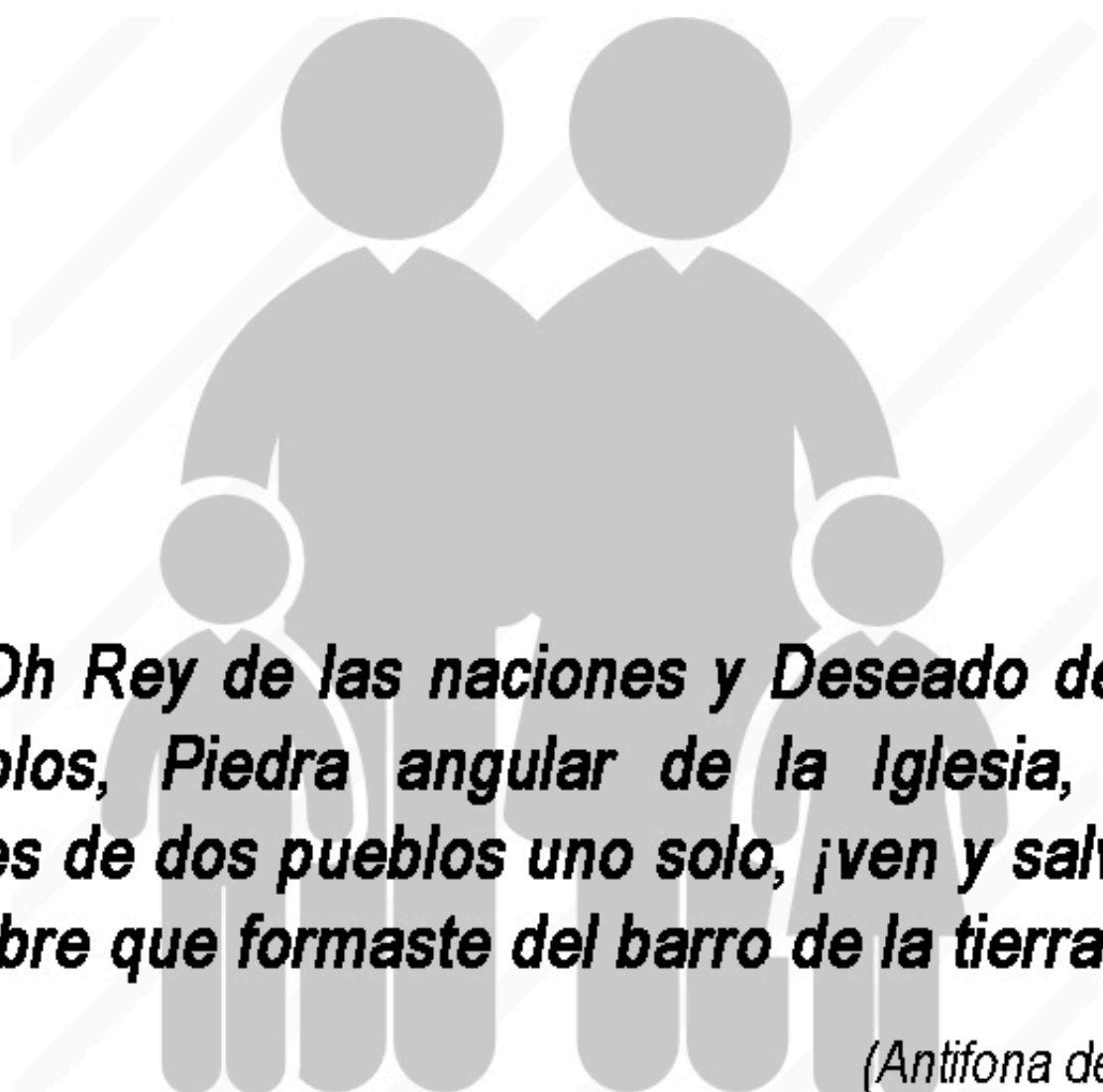
Considera la precisión y exactitud de cada una de las palabras: Isabel fue la primera en oír la voz, pero Juan fue el primero en experimentar la gracia, porque Isabel escuchó según las facultades de la naturaleza, pero Juan, en cambio, se alegró a causa del misterio. Isabel sintió la proximidad de María, Juan la del Señor; la mujer oyó la salutación de la mujer, el hijo sintió la presencia del Hijo; ellas proclaman la gracia, ellos, viviéndola interiormente, logran que sus madres se aprovechen de este don hasta tal punto que, con un doble milagro, ambas empiezan a profetizar por inspiración de sus propios hijos.

El niño saltó de gozo y la madre fue llena del Espíritu Santo, pero no fue enriquecida la madre antes que el hijo, sino que, después que fue repleto el hijo, quedó también colmada la madre. Juan salta de gozo y María se alegra en su espíritu. En el momento que Juan salta de gozo, Isabel se llena del Espíritu, pero, si observas bien, de María no se dice que fuera llena del Espíritu, sino que se afirma únicamente que se alegró en su espíritu (pues en ella actuaba ya el Espíritu).



JUSTICIA

Da gracias por tu familia que te enseñó
el camino de la fe



“Oh Rey de las naciones y Deseado de los pueblos, Piedra angular de la Iglesia, que haces de dos pueblos uno solo, ¡ven y salva al hombre que formaste del barro de la tierra!”

(Antifona de la O)



Lejos de poder dedicar el tiempo suficiente a nuestro espíritu pareciera que el mes de diciembre se transformara en un huracán de desorden y caos del que parecemos no poder escapar. Algunos se mentalizan y tratan de hacer las cosas lo mejor posible, otros planifican, pero a la hora de la verdad, nada se cumple y diciembre y la Navidad les pasan por encima. Otro tanto cae en el pesimismo y una fiesta de tanta alegría, se vuelve en la disculpa para el mal humor, la tristeza y también la crítica.

En CatholicLink hemos descubierto algunas actitudes que se van presentando año a año y que se acentúan con el paso de la edad, que nos van alejando del verdadero sentido de la Navidad: la alegría y celebración porque «ha nacido el Salvador: el mesías, el Señor». Aquí te las presentamos junto a algunas sugerencias para poder combatirlas.

Navidad se trata de los regalos o ¿no? Es verdad que la Navidad merece una celebración especial. Pero en esa compradera loca, nos olvidamos del regalo más grande, aquel que no se compra. Y que además este regalo, nuestro Salvador vino al mundo de la manera más sencilla y pobre. Nació en un pesebre, entre animales, hierba seca y suciedad. El tesoro más grande que tuvo (y que trajo) fue el amor. Así pues, antes de que empiece toda esta locura, detengámonos un momento a pensar en esto. Es verdad que es una época litúrgica de un atractivo y celebración especial pero no dejemos que la celebración no le gane al sentido. A ser medidos, a considerar a los que no tienen y ejercitarnos en el amor. No necesitamos comprar ¡tanto! A ver si esta navidad nos volvemos creativos y regalamos algo que el dinero no puede comprar.



COHERENCIA

Habla bien de los demás, de los buenos,
y de los malos

***“Oh Emmanuel, Rey y Legislador nuestro,
esperanza de las naciones y salvador de los
pueblos, ¡ven a salvarnos, Señor Dios
nuestro!”***

(Antifona de la O)

Oficio de lectura, domingo IV de Adviento (Carta a Diogneto)



Nadie jamás ha visto ni ha conocido a Dios, pero él ha querido manifestarse a sí mismo. Se manifestó a través de la fe, que es la única a la que se le concede ver a Dios. Porque Dios, Señor y Creador de todas las cosas, que todo lo hizo y todo lo dispuso con orden, no sólo amó a los hombres, sino que también fue paciente con ellos. Siempre lo fue, lo es y lo será: bueno, benigno, exento de toda ira, veraz; más aún: él es el único bueno. Mientras mantenía oculto su sabio designio y lo reservaba para sí, parecía abandonarnos y olvidarse de nosotros. Pero, cuando lo reveló por medio de su amado Hijo y manifestó lo que había establecido desde el principio, nos dio juntamente todas las cosas: participar de sus beneficios y ver y comprender sus designios. ¿Quién de nosotros hubiera esperado jamás tanta generosidad?

Dios, que todo lo había dispuesto junto con su Hijo, permitió que hasta el tiempo anterior a la venida del Salvador viviéramos desviados del camino recto, atraídos por los deleites y concupiscencias, y nos dejáramos arrastrar por nuestros impulsos desordenados. No porque se complaciera en nuestros pecados, sino que los toleraba. Ni es tampoco que Dios aprobara aquel tiempo de iniquidad, sino que estaba preparando el tiempo actual de justicia, a fin de que, convictos en aquel tiempo de que por nuestras propias obras éramos indignos de la vida, fuéramos hechos dignos de ella por la bondad de Dios, reconociendo así que por nosotros mismos no podíamos entrar en el reino de los cielos, pero que esto se nos concedía como un don de Dios [...] Nos dio a su propio Hijo como precio de nuestra redención: entregó al que es santo para redimir a los impíos, al inocente por los malos...

